

«Gracias a la incidencia de numerosos comerciantes europeos, habituados a una vida, en sus países de origen, con menos trabas mercantiles, sociales y religiosas, los gaditanos conocieron y desearon –más y antes que otros españoles– algunos de los cambios que exigía la modernización del país» (133).

En «Debate literario y política», José Checa Beltrán estudia los debates literarios en su vertiente política, es decir, cómo la escritura literaria asume características ideológicas (en Forner, por poner un solo ejemplo). El debate sobre cuál había de ser el lenguaje poético (la restauración de un lenguaje clásico o la adopción de un lenguaje renovador) en realidad encubre otro más profundo, que estalla años más tarde en las querellas clásico-románticas. Alberto Romero Ferrer, en la primera de sus dos aportaciones al libro, estudia el papel de la poesía en los cambios políticos que se operan entre 1789 y 1833. El mismo estudioso colabora con Emilio Palacios Fernández para abordar el teatro (éste, el teatro hasta 1814, aquél el teatro después de 1814), especialmente en su aspecto político. Los dos aportan buenos ejemplos y razonado análisis de los temas y preocupaciones de los dramaturgos. Como resume Romero Ferrer, «Martí, Quintana, el padre Villacampa, Vargas Ponce, González Robles, Enciso Castrillón, José María Carnerero o Martínez de la Rosa eran algunos peldaños importantes de este complejo diálogo entre la escena y su fuerte condición política, cuyas bases había sentado el debate teatral de la Ilustración» (234). Álvarez Barrientos vuelve a escribir sobre la novela histórica y política, notando el importante cambio que se produce con la Guerra: «Si el compromiso de la novela [en el XVIII] fue más bien de orden moral, se politizó absolutamente durante y tras la Guerra de la Independencia» (248). Y si Moratín inventó un nuevo lenguaje moderno para el teatro, Álvarez

Barrientos prueba que no existe un fenómeno paralelo en la novela hasta muy entrado el siglo XIX.

Emilio Palacios Fernández, ahora en colaboración con Alberto González Troyano, estudia el tema del ensayo político en otro capítulo que contiene importante información sobre este complejo período. Es fascinante lo que escribe Palacios sobre la «Ilustración cristiana» de los clérigos que seguían defendiendo el legado ilustrado, a pesar de los peligros que corrían. El conocido experto sobre la autobiografía dieciochesca, Fernando Durán López, vuelve sobre el tema: su capítulo sobre «La crisis del Antiguo Régimen en las autobiografías de sus protagonistas» estudia esa crisis «vívica, interiorizada y convertida en materia autobiográfica» por los individuos que la vivían.

Aunque para mí esta rica y documentadísima colección de estudios hubiera sido aún más útil si se hubiera añadido un índice de nombres y títulos al final, se recomienda con entusiasmo su lectura por la inmensa cantidad de ideas, síntesis, análisis y bibliografía que contiene. Joaquín Álvarez Barrientos, en su capítulo dedicado a la novela, ha escrito algo que puede servir como conclusión del libro: «Todos estos debates tienen que ver con el problema de la creación de una cultura nacional, cuestión que se había planteado de manera firme en la segunda mitad del siglo XVIII, cuando se comienzan a crear las figuras en las que se reconocerá el ser español» (262).

DAVID T. GIES

DURÁN LÓPEZ, Fernando, *José María Blanco White o la conciencia errante*, Sevilla. Fundación José Manuel Lara, 2005, 646 pp.

Fernando Durán López (Cádiz, 1969) se está convirtiendo en un autor de refe-

rencia obligada al estudiar la conocida como «la literatura del yo». Durán se doctoró con todos los honores (29-Junio-2001) con una tesis sobre *La autobiografía moderna en España: nacimiento y evolución (siglo XVIII y principios del XIX)*, pero desde años antes ya había seguido una línea de investigación sobre la autobiografía española en los siglos XVIII y XIX desde los más diversos ángulos: bibliografía, clasificación, edición y estudio. Este tema es el de la mayor parte de sus abundantes publicaciones.

Durán tiene el ambicioso plan de abordar el estudio sistemático de todo un género literario, el biográfico, de ese periodo y en el marco del mismo, y soportado por una infatigable capacidad de trabajo, raro es el año que no nos obsequia con un provechoso libro. Hace unos meses nos entregó la autobiografía de un desconocido José R. Izquierdo Guerrero de Torres (*Recuerdos de mi vida*. Ediciones Espuela de Plata, Sevilla, 2004), en la que se descubre la vida miserable de uno de los exilados liberales que no pasaron a la Historia. Este mismo año acaba de alumbrar *Vida de sabios. El nacimiento de la autobiografía moderna en España (1733-1848)*.

Me disponía yo a descansar de tanta biografía (acabo de hacer varias para la Real Academia de la Historia y de entregar a la Diputación de Badajoz la segunda edición aumentada de la *Biografía de Meléndez Valdés*) cuando llega a mis manos esta completa y deliciosa biografía de Blanco White, que me ha alegrado las vacaciones veraniegas del 2005, porque Durán la concibió como algo no destinado sólo para los especialistas, sino que pudiera disfrutarla cualquiera, objetivo ampliamente cumplido.

Para un estudioso de *Batilo* la personalidad de Blanco White es tan atractiva como misteriosa y no deja de cavilar sobre el significado exacto de las palabras de su *Autobiografía* después de entrevis-

tarse con el extremeño en el verano de 1806: «[Meléndez] Era el único español que he conocido que, habiendo dejado de creer en el catolicismo, no se había vuelto ateo, sino que era un devoto deísta». Cita que debemos valorar a la luz de la angustia vital de Blanco, causada por la obsesión de descubrir racionalmente la fe. Después de leer el documentado estudio de Durán la vida del escritor sevillano deja de ser misteriosa, aunque siempre será complicada de rastrear y comprender, pues no sólo fue «errante» en su conciencia, sino en casi todos los aspectos vitales (afectivo, religioso, político, literario, pedagógico, etc.) con continuos vaivenes, debajo de los cuales Durán se esfuerza en dibujar cierta coherencia vital, siguiendo el hilo de la mortificación religiosa. Pero hablando claro, las contradicciones existenciales y la cacareada «debilidad de carácter» de Meléndez comparadas con las de su admirador y discípulo Blanco son pura broma.

La estructura del libro es sencilla. Arranca con un prólogo («Otro libro sobre Blanco White») y continúa con dos bloques, separados por la decisión del autoexilio en 1810: «Vida de Blanco» (1775-1810) y «Vida de White» (1810-1841), que es la parte más extensa y novedosa (de la página 149 a la 603). Concluye con un epílogo («Poor Blanco White y la prueba de fuego. Epílogo»), con una bibliografía, en la que se limita a enumerar las principales fuentes consultadas, y con un agradecido «Índice onomástico». En la mitad del libro hay una treintena de ilustraciones, juntas y en blanco y negro, algunas de ellas retratos del escritor sevillano.

Lo curioso de la vida de Blanco White es que su enrevesada trayectoria está marcada por etapas nítidas, pues cada cambio de rumbo estaba acompañado de muy evidentes signos externos, como la mudanza de ciudad, de nombre (Blanco, White, Albino, Juan sin Tierra

o Leucadio Doblado), y hasta de secta religiosa. Durán dedica cuatro capítulos a los treinta y cinco años de la etapa española («Vida de Blanco»); sus orígenes irlandeses y educación («La familia de William White, de Waterford. Sevilla, 1775-1790»); su formación sacerdotal, crisis vocacional y poesía ilustrada («*Albino*. Sevilla, 1790-1805»), quizá los quince años más conocidos tradicionalmente, por sus relaciones con el grupo de poetas sevillanos (la *Academia Particular*) capitaneados por Alberto Lista, Reinoso y Arjona, y por las muchas y buenas páginas dedicadas en las *Cartas de España*; sus andanzas por Madrid, a la sombra de Godoy («De frac y botas al paseo. Madrid, 1805-1808»), quien lo hizo profesor del Instituto Pestalozziano; y cierran esta etapa española los dos años (1808-1810) que Blanco vivió en Sevilla, colaborando con la Junta Central en la redacción del *Semanario Patriótico*, al tiempo que se agravaban sus conflictos políticos y personales («Nulla nobis societas cum tyrannis. Sevilla, 1809»).

La segunda parte del libro («Vida de White»), donde Durán muestra su maestría en el conocimiento de fuentes inglesas, ocupa casi quinientas páginas, repartidas en ocho capítulos, dedicados a narrar los treinta y un años (1810-1841) de su vida errante por las Islas Británicas, al servicio de los ingleses más que de los españoles. Desarrolla más ampliamente los años anglosajones no sólo porque abarcan la parte principal de la obra escrita del autor, sino porque son los menos conocidos, sobre todo la etapa final, y porque son los más difíciles de contextualizar para un público español. Para comprender y valorar lo que hace Blanco desde 1810 en adelante y ver que no resulta tan excéntrico, dedica algunas páginas a exponer sumariamente ciertas piezas de la historia, la cultura y la vida británicas del XIX, y sus antecedentes.

Los rótulos de los capítulos son elo-

cuentes: «Juan Sin Tierra. (Londres, 1810-1814)», años en los que fue redactor único de *El Español*. El capítulo «El Reverendo Joseph Blanco White. (Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda, 1812-1841)» es una amplia contextualización o «breve panorama de la historia religiosa británica, de los grupos, corrientes y conceptos a fin de que el itinerario de Blanco White, sus conflictos, las dudas y su modo de afrontarlas puedan tener sentido para quienes no poseemos, ya no una conciencia actual de esas materias, sino ni siquiera memoria histórica y cultural de ellas, pues pertenecen a la experiencia anglosajona y no a la latina» (p. 238).

Siguen los apartados dedicados a la progresiva integración de White en la vida británica: «Refundido en un molde inglés. (Londres, Oxford y *Holland House*, 1812-1820)», la época más intensa de identificación con la sociedad anglosajona, bajo el mecenazgo del whig y bonachón Lord Holland, de cuyo hijo fue preceptor entre 1815-1817, al tiempo que se formaba como teólogo y humanista al estilo británico en Oxford. Desde mediados de 1817 hasta comienzos de 1821 Blanco vivió a costa de otras familias amigas, enfermo, desalentado y dando tumbos de un lugar a otro. El capítulo «Leucadio Doblado. (Londres, 1820-1825)» analiza los años fecundos en los que Blanco White escribió para varias revistas inglesas artículos sobre cultura, costumbres y literatura española, como en *The New Monthly Magazine* (aquí dio a luz las *Letters from Spain*) o en la revista ilustrada *Variedades o Mensajero de Londres* (1823-1825), dirigida al público hispanoamericano. En este quinquenio, uno de los más intensos de su carrera literaria, Blanco White supera el desconcierto literario y vital en el que había ido cayendo tras el final de *El Español* (1814).

Bajo el rótulo «Un testigo arrepenti-

do. (Londres y Oxford, 1825-1829)» se narran los años dedicados a la Iglesia de Inglaterra, como teólogo, cuyo primer sermón data del domingo 5 de marzo de 1826. En el apartado «Signor Blanck Whitto. (Oxford, Londres y Dublín 1829-1834)» se exponen las amargas incertidumbres en todos los órdenes de Blanco White, mucha tristeza y soledad, después de enemistarse con los anglicanos; lógicamente en Dublín (desde mayo de 1832) los católicos lo recibieron como a enemigo mortal.

El amplio capítulo, «Como Jonás bajo la calabacera marchita. (Liverpool, 1835-1841)», narra las andanzas del presbítero sevillano en dicha ciudad, donde, a los sesenta años, hizo el último requiebro ideológico-religioso, pues, recién acomodado en Liverpool, publicó en 1835 las *Observations on heresy and orthodoxy*, que supusieron, con gran escándalo, su abandono de la Iglesia de Inglaterra y sus creencias unitarias. Durán, que dedica más de cien páginas a este periodo, da especial importancia a «la obra de Liverpool» de Blanco White, obra de teología liberadora, racional e idealista, contradiciendo a la mayoría de los biógrafos que han considerado al postrero Blanco White como decadente y senil. Además, para obtener ingresos volvió a la prensa, escribiendo sobre temas literarios en *The London Review* y en *The Christian Teacher*, mostrando estéticamente su aprecio por la novedad del Romanticismo. Cierra el libro, «Poor Blanco White y la prueba de fuego», que, como hemos señalado, sirve de «Epílogo».

Bosquejado el contenido del libro, hagamos algunas reflexiones sobre esta densa biografía que trata sobre la «potente máquina mental» (p. 314) que fue Blanco White. En primer lugar, dejemos claro que es una biografía que supera claramente en calidad y en extensión todos los retratos existentes hasta el momento de nuestro peculiar personaje, tan-

to por la derecha (los que lo anatemizaron, como Menéndez Pelayo), como por la izquierda (los que vieron en él al español que se atrevió a ahondar más en su disección de los males de la patria, como Méndez Bejarano; Juan Goytisolo, quien reivindicando la heterodoxia y el exilio, cifraba en Blanco White la quintaesencia de la España inconformista, progresista y modernizadora; o como Vicente Lloréns, Antonio Garnica, Manuel Moreno Alonso, André Pons o Martin Murphy, entre los más recientes). Sin desmerecer lo hecho por estos buenos estudiosos, el público español no ha tenido a su alcance una verdadera biografía del escritor sevillano, hasta la presente de Durán que comentamos.

A pesar del escaso aparato crítico, el libro de Durán debe ser colocado entre las grandes biografías, generalmente debidas a hispanistas extranjeros, sobre literatos españoles de la época, casi todos amigos de Blanco White, como la de Georges Demerson sobre Meléndez Valdés o la de Albert Dérozier sobre Manuel José Quintana. Quejarse en el futuro de que se posterga a Blanco White sería repetir un tópico por pura pereza mental, puesto que, gracias a esta biografía, que analiza y contextualiza muchos de sus escritos, será uno de los literatos mejor conocidos, sobre todo en su pensamiento. Otra cosa es la descripción de los detalles de la vida privada de Blanco White, que aparece bastante desdibujada y resumida como apéndice al final del penúltimo capítulo (pp. 580-602), porque Durán parte de un axioma, en nuestra opinión bastante discutible, reiteradamente recordado: «Un escritor habita en sus obras y es eso lo que ha de interesarnos, pues a un escritor hay que valorarlo por lo que escribió, no por su vida, por mucho que ésta nos sea atractiva. Me conduzco con la convicción de que la vida de un escritor consiste esencialmente en sus obras, por lo cual el

registro factual de las circunstancias en que se desarrollaron sus trabajos y sus días ha sido dosificado lo más posible en favor de lo auténticamente relevante: sus escritos». Durán justifica, además, su criterio, en que Blanco White vivió hacia adentro mucho más que hacia fuera y en que no tenía familia, ni amores mundanos (algunos tuvo en España, donde dejó un hijo madrileño), ni un trabajo propiamente dicho. Pero no olvidemos que su vida fue muy azarosa con no pocos momentos complicados psicológicamente (sobre todo en los diez últimos años), caracterizada por un individualismo hipersensible y una melancolía que le arrojaba a la soledad y a desafiar las lealtades y las reglas de toda clase de grupos, lo cual haría las delicias de algún siquiatra, para quien los detalles de la vida íntima serían importantísimos para explicar esa conducta. Por otro lado, Durán pretender llegar a un público relativamente amplio y no especializado, que seguramente agradecería la exposición de estas «niedades», más o menos morbosas.

Suele ocurrir que el especialista, después de haber dedicado varios estudios a un personaje, se aburre de escribir para un centenar de colegas y emprende la ilusoria cruzada de dar a conocer «urbi et orbe» a su idolatrada lumbrera, porque su obra y su talento literario lo merecen y porque con su redescubrimiento estamos haciendo un gran favor la cultura española.

En esa ilusión ha caído el que suscribe estas líneas respecto a Meléndez Valdés y cae Durán ahora sin ningún pudor: «El nombre de Blanco White es ya una referencia puntera de la historia y la literatura españolas. Pero justo por eso -y no es otra la razón de ser de estas páginas- su figura no puede quedar muerta en la sala de autopsias de los eruditos, y es preciso resucitarla para un público no necesariamente académico [...]. Es merecedor de salir de las biblio-

tecas y ediciones universitarias en busca de los lectores» (p. 11).

Durán hace un esfuerzo por acomodarse formalmente al estilo divulgador de la colección («yo no aspiro a llenar un hueco investigador ante la comunidad académica tanto como un hueco cultural ante los lectores españoles. Eso es algo que, si no me equivoco, no se ha hecho todavía», p. 12), destinada a un público más amplio que el puro especialista, lo cual le lleva al empleo de expresiones coloquiales que pueden despistar al historiador erudito que no sea capaz de mirar más allá de las escasas 121 notas a pié de página. Como en este libro no hay acarreo documental de primera mano, dosifica las notas y prescinde de referencias a las fuentes. Durán piensa en un público que no sea necesariamente especialista ni erudito, para lo cual sacrifica la exactitud erudita en favor de una lectura sin tropiezos. Trata de huir del estilo académico, aunque no de su rigor, y aspira a que su prosa sea legible y amena, pero no por ello menos convincente ni argumentada. Evita cuanto es posible insertar pasajes en inglés y prefiere por ello manejar las traducciones españolas impresas y, cuando no la hay, Durán se ve obligado a hacer impecables versiones castellanas, mostrando un envidiable dominio de la lengua inglesa.

Es una biografía bastante original, pues, contando Blanco White con muchas obras autobiográficas, en especial la *Autobiografía* y las *Cartas de España*, que son hoy día los textos más familiares para el público español, Durán rehuye la tentación de dejarse llevar por la glosa facilona de las mismas y procura que su biografía tenga voz propia, e incluso arrincona los escritos autobiográficos del clérigo sevillano en un plano más secundario respecto a sus otras obras.

La claridad expositiva es una virtud que hace tiempo que me ha sorprendido en Durán, quien, además, adorna este li-

bro, de vocación popular, con gracias cercanas al registro lingüístico coloquial, como «algunas aclaraciones más antes de que esto comience» (p. 18), «La tentación venía cargadita de libras esterlinas» (p. 355) o «El sueño de Oxford tenía su porción de pesadilla agazapada para atraparla a la primera ocasión» (p. 442). Pero es un libro de pura erudición (sin notas, ni falta que le hacen), apoyada en innumerables y aprovechadas lecturas de la mayor parte de la obra impresa de Blanco White, que, como sabemos, fue extensa.

Cuando el historiador riguroso, como en el caso de Durán, hace un esfuerzo por acercarse al lector de la novela histórica, corre el riesgo de no contentar ni a los ricos (el historiador crítico) ni a los proletarios (el lector de la novela histórica) porque la clase media lectora (el bachiller formado rigurosamente en cuestiones lingüístico-histórico-literarias) ha desaparecido hace tiempo con la decena de leyes generales de educación del último cuarto de siglo y otros hábitos edonistas. Durán se acerca al lector «de forma rigurosa, pero accesible para cualquiera, evitando cuanto he podido las discusiones eruditas, sin perderme en una demasía de detalles y sin que el escritor sea tomado como rehén para ganar otras batallas». Ojalá lo consiga, pero nos tememos que la densidad de pensamiento del libro es demasiada carga como para ser asumida por el lector de cultura media, el cual debería dar el paso del Rubicón desde la novela histórica. Además Durán, cuya expresión narrativa nos encanta personalmente por su nitidez, no ha caído en la cuenta de que muchos de los lectores a los que pretende llegar están acostumbrados a capítulos y párrafos muy cortos, lo cual no aparece en el libro que comentamos.

El otro peligro de esta clase de autobiografías es el de no contentar al historiador crítico, peligro que Durán, con su

habitual modestia, no ha conjurado en el prólogo, sino todo lo contrario: «Sería pretencioso afirmar que esto sea una biografía crítica y documentada, pues carece del despliegue de investigación primaria que sería exigible para ello. Yo lo denominaría más modestamente *ensayo biográfico*, porque pretendo que la interpretación prevalezca sobre la narración y le dé sentido» (p. 11). Reiteramos que la presente biografía es mucho más que un ensayo y que reporta un notable aprovechamiento para el historiador más quisquilloso, a pesar de que Durán no haga uso de material de archivo, ni nos sorprenda con papeles nuevos o con noticias inéditas sobre la vida y obra de Blanco White. Pero son impagables los múltiples análisis críticos de las obras impresas del clérigo sevillano y de los estudios publicados sobre el mismo hasta la fecha. Ahora bien, este libro no es un simple estudio literario, aunque se alimente de la producción de un prolífico literato, pues sólo de soslayo se alude a las cualidades de sus obras como objetos artísticos, o a su lugar en los movimientos coetáneos o en las tradiciones de los géneros que practicó Blanco White, en una época de grandes cambios que transitan de la Ilustración al Romanticismo.

Tradicionalmente, como es sabido, el talento de Blanco White como escritor, su figura intelectual, su personalidad y las ideas defendidas en sus obras han sido objeto de encendidas controversias, por lo que Durán manifiesta su deseo de no convertir su biografía en una apología o un anatema del sevillano, aunque no lo consigue del todo, pues es patente su admiración hacia White, sobre todo el de Liverpool. Es evidente la comprensión hacia un hombre que cambia de religión (católico, anglicano, unitario) y de patria y que entra en antagonismos con los más diversos colectivos. Según Durán las controvertidas decisiones que José María Blanco adoptó en diferentes momentos de

su vida acerca de sus creencias religiosas o acerca del país donde quería vivir y la manera como hacerlo, no dejan de ser actos individuales de un hombre libre que no suponen ningún tipo de traición. Como buen historiador, Duran sabe que debe huir de las proyecciones subjetivas basadas en el patriotismo y la fe, y sin embargo reconoce honradamente que «la cercanía al personaje tiende a hacerme disculpar sus defectos y a tener una imagen favorable de su personalidad, aunque eso no me hace suscribir ni rechazar sus ideas» (p. 15).

Otro acierto importante de esta biografía es que abarca las múltiples máscaras del personaje y consigue darnos una visión de conjunto, es decir, una visión estructurada y unitaria de todas las etapas de su vida, porque hasta ahora el principal defecto de los estudios sobre Blanco White ha consistido en dibujar una de las caras del multifronte clérigo sevillano. Se suele trocear su figura para recuperar sólo determinadas piezas, casi siempre la etapa central que va del *Semanario Patriótico* hasta las *Letters from Spain*, y muy en especial *El Español* y las *Variedades*. Unos se han fijado en la *Vida de Blanco* o en la *Vida de White*. Otros han explorado el periodo juvenil o aspectos sueltos de los años finales, pero muy pocos, con la notable excepción de Murphy, se interesan a fondo por el tramo posterior a 1825 y sus polémicas religiosas. Es cierto que ahondar a la vez en fuentes y contextos tan antagónicos como los que ilustran sus andanzas desde Sevilla a Liverpool es arduo, por motivos prácticos y de formación académica (no basta con ser un buen historiador literario, sino que son necesarios conocimientos de psicología, teología y otros), pero no hacerlo implica mutilar al personaje y renunciar a entender su complejidad. Evitando esa parcelación biográfica Durán ha conseguido soslayar un doble error interpretativo: centrar el pro-

blema de Blanco White en España y no valorar el peso que en su vida tiene la fe religiosa.

Durán va más allá de la interpretación que presenta a Blanco White como un apátrida que desvela la ferocidad de una España, represora y oscurantista, que devora a sus hijos. Según el autor, lo que le ocurre a Blanco White a partir de 1810 es una liberación de su conciencia, ya que se desata de España arrojando por la borda el lastre del mundo en que vivió y que no le gustaba, y radicaliza su determinación cuando recupera la fe cristiana, que cimentará desde entonces su vida. Él no quiso ser sólo un disidente del catolicismo: fue un hombre angustiado por la trascendencia, cuya obsesión final fue la fe, no la libertad en España, ni siquiera la crítica a la Iglesia católica. En realidad, la libertad que buscaba Blanco era la libertad de buscar la verdad por medio de su raciocinio, de hallarla y defenderla; ser libre es un medio para llegar a esa verdad, que para él tiene un carácter trascendente porque es una verdad religiosa, cristiana. Esa libertad que no pudo tener en España y que sí le concedió Inglaterra con sinsabores, pero con la generosidad de un pueblo libre, es el hilo conductor entre el niño sevillano que leía a Feijoo y el anciano de Liverpool.

Viendo globalmente la errante trayectoria de Blanco, en especial la vertiente religiosa, Durán llega a una valoración muy positiva, casi heroica, del clérigo sevillano, el cual representa una encrucijada del hombre moderno, el intento de conciliar la razón con la fe, la individualidad y la divinidad. La suya es una de las tentativas de transitar por una vía cristiana a la modernidad, una solución, entonces minoritaria e ilusoria, a los problemas de un mundo en mutación.

Lejos de ser un trastornado mental, a juicio de Durán, lo valioso y lo moderno de Blanco White, lo que más nos puede

interesar de él, es su valentía para enfrentarse a las implicaciones morales de cuanto le rodea, y hacerlo de modo racional. El resultado es un hombre en diálogo permanente con su conciencia, que nunca le tolera caminar demasiado tiempo en compañía de nadie antes de formular nuevas preguntas, aunque eso le conduzca al desarraigo y a la soledad, estigmas del hombre moderno. Alguien que hizo de su existir un continuo pensar, pensarse y escribir ante los demás pensándose. No supo ahogar la sensibilidad de una conciencia vagabunda, una conciencia errante, pero nunca errática, en contra de lo que afirma el dictado de sus enemigos.

Finalmente Durán desearía sacudirle al sevillano la gruesa capa de casticismo bajo la que, entre todos, ha sido enterrado y que le empobrece, para ver lo que Blanco White puede decirle a un español como español, pero también como ser humano, como hombre moderno atenuado por angustias y miedos universales.

Por lo que hemos dicho, sólo nos queda recomendar al historiador literario, más o menos profesional, esta biografía de Blanco White en la que ha quedado perfectamente retratado el personaje, con ricos tramos narrativos que reflejan toda su andanza vital, y en la que se recopila abundantísima información y juicios críticos. Sinceramente creemos que tardarán décadas en ser superada.

ANTONIO ASTORGANO ABAJO

GARCÍA JURADO, Francisco (comp.), *La historia de la literatura greco-latina en el siglo XIX español: Espacio social y literario*, Málaga, Universidad de Málaga, 2005, 415 pp. (Anejos de «Analecta Malacitana», 51).

Al siglo XIX le venían faltando desde hace un tiempo más panoramas de conjunto, y es por esto que esfuerzos de li-

bros como el presente se agradecen especialmente. Además, este volumen se dedica a cubrir una laguna de conocimiento bastante necesitada: el desarrollo y la apreciación de la literatura grecolatina en una centuria que se distinguió sobre todo por su mirada hacia los siglos medios. Quien se acerque al trabajo compilado por García Jurado encontrará estudios sobre traducciones, autores, obras y manuales de latinistas o de literatura grecolatina, en unos capítulos, algunos más enjundiosos que otros, que alcanzan unidad de perspectiva dentro de un proyecto de investigación dedicado al humanismo clásico en los siglos XVIII y XIX (proyecto que ha venido siendo apoyado desde hace bastante tiempo por la Comunidad de Madrid).

Acabo de hablar de unidad –laudable– de perspectiva. Quizás lo único (y poco) que se pueda objetar a estos trabajos es que todos ellos nos descubren unos datos muy valiosos y concretos, que serán muy útiles para cualquiera que quiera profundizar en el asunto, pero que se encierran en una lectura de carácter más bien historicista. Aunque García Jurado mencione a Michel Foucault en la introducción, en este libro no se intenta establecer una genealogía (o arqueología, en palabra favorita del filósofo francés) de estos estudios, buscar los motivos de su relativo auge, o el sistema de poder o de *verdad* que despertaron y fue su origen. Es decir, si la labor de archivo que han realizado los investigadores es magnífica y exhaustiva en muchos aspectos, supone, en mi opinión, sólo un primer paso para, a partir de ahí, realizar una reflexión sistemática y con sólidos cimientos teóricos sobre lo que significó el crecimiento y la necesidad de tal disciplina. Quizás el equipo de García Jurado se proponga hacer esto en un futuro; sería muy positivo que nuestros expertos en literatura clásica usaran en su interpretación algunas iluminadoras herramientas de la Teoría de la